



NÚMERO 756

16 DE DICIEMBRE DE 1912

AÑO XXX

REGALO Á LOS SEÑORES ABONADOS Á LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 a 3.—Trajes de estilo

SUMARIO

TEXTO. - Explicación de los suplementos. - Descripción de los grabados. - Masaniello, novela histórica, por E. de Mirecourt (conclusión). - Receta útil.

GRABADOS. - I a 3. Trajes de estilo. - 4, 5 y 6. Trajes de niñas. - 7. Servilleta de centro. - 8. Modas de invierno vistas en Auteuil. - 9 a 18. Trajes y blusas de novedad.

HOJA DE PATRONES NÚM. 756. - Varias prendas diferentes.

HOJA DE DIBUJOS NÚM. 756. - Diversos y variados dibujos.

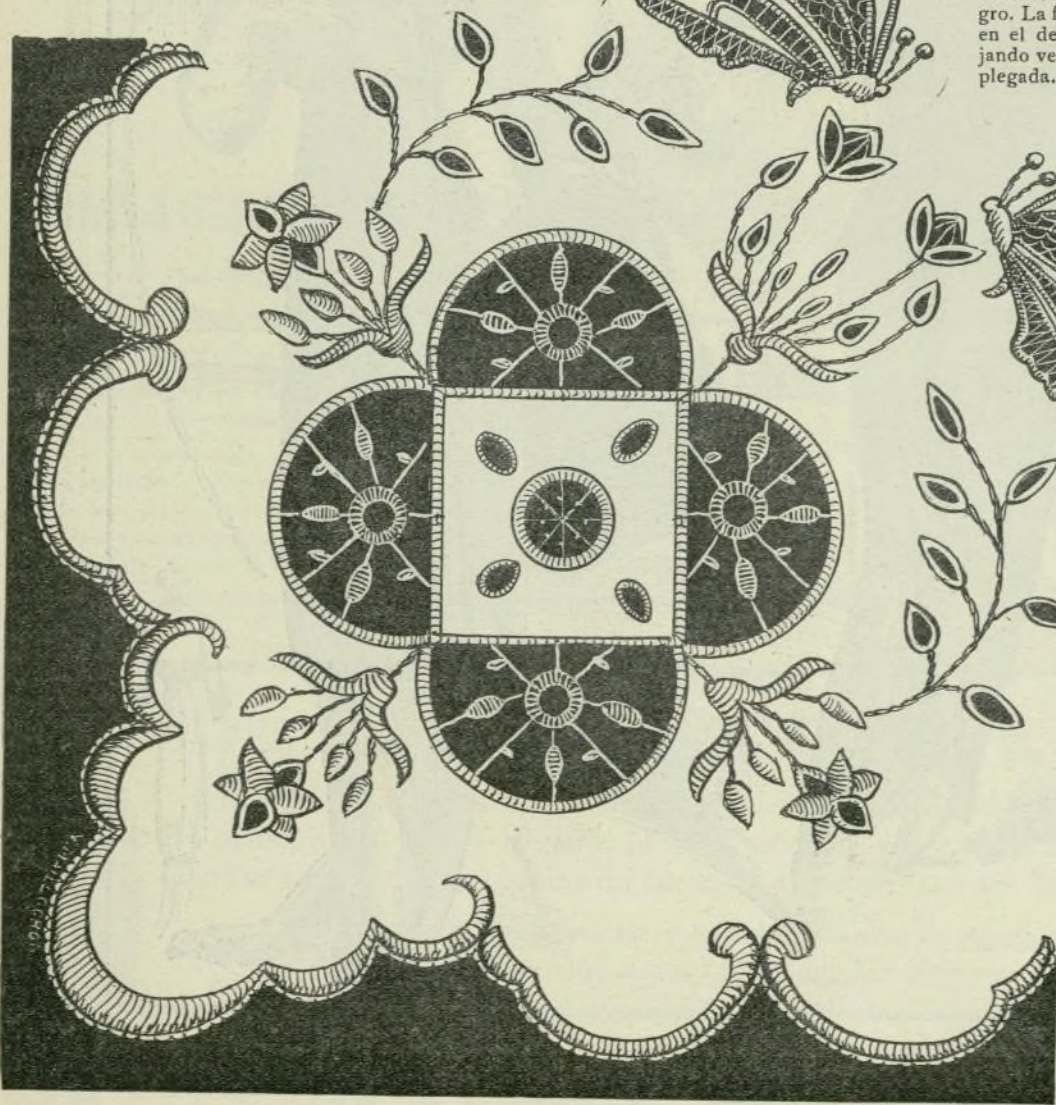
FIGURÍN ILUMINADO. - Trajes de sastre y blusas sencillas.

EXPLICACIÓN DE LOS SUPLEMENTOS

- I. HOJA DE PATRONES NÚM. 756. - Camiseta, cuerpo de fantasía, chaqueta y chambrita para criatura. - Véanse los grabados y explicaciones en la misma hoja.
2. HOJA DE DIBUJOS NÚM. 756. - Diversos y variados dibujos. - Véanse las explicaciones en la misma hoja.
3. FIGURÍN ILUMINADO. - Trajes de sastre y blusas sencillas.
- I. Traje de hechura de sastre de gruesa jerga, con cuello, solapas y bocamangas de tisú orladas de pespuntos, adornado de botones de terciopelo negro.
- II. Traje estilo sastre de terciopelo negro con cuello y bocamangas de liberty color de violeta. Dobles solapas guarnecidas de pespuntos hechos a cordoncillo, que adornan todo el traje.
- III. Cuerpo de terciopelo rayado con canesú y bocamangas de terciopelo liso, adornado de botones de fantasía.
- IV. Blusa de tela de lana, adornada de un canesú y puños de la misma tela con dobladillos calados. Cuello de linón y corbata de raso.
- V. Cuerpo de cachemira de seda, guarnecida de pespuntos y botones de tisú. Chorrera y volantes de las mangas de encaje. Corbata de raso y hombreras prolongadas adornadas de pespuntos y botones.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

- I a 3. TRAJES DE ESTILO.
- I. Traje de cachemira de seda y de terciopelo color de violeta obispo, guarnecido de galones bordados con trencillas color de violeta, de botones morados y de un peto de tul.
- II. Abrigo de terciopelo brochado y terciopelo negro con cuello de chal, algo cruzado, de terciopelo negro.
- III. Traje de paño de seda azul oscuro, adornado de terciopelo negro y de un cuello Médicis de encaje de Venecia; túnica drapeada y recogida por un bias de terciopelo negro.
- 4, 5 y 6. TRAJES DE NIÑAS. Abrigo de paño encarnado, guarnecido solamente con botones negros. Traje de tafetán listado color de rosa y celeste adornado de ondas marcadas por terciopelos azules. Vestidito de jerga muy fina color gris elefante con cuello y borde de las mangas de tela blanca boradas con trencilla gris. Petillo de encaje y cinturón de cuero blanco.
7. SERVILLETA DE CENTRO elegante. Esta lindísima labor está confeccionada de bordados a la inglesa y plumetis. El fondo calado se llena con pequeñas rositas hechas a punto de festón y lo mismo se hacen las hojas lanzadas. Para facilitar su ejecución se montará la tela sobre otra encerada o de arquitecto. Las mariposas se forman con calados de punto de tul sencillo hecho



7.—Servilleta de centro

con hilo de encaje D. M. C. núm. 50 a 100; o hilos de Alsacia D. M. C. número 200 a 500.

8. MODAS DE INVIERNO vistas en las últimas reuniones de Auteuil. Esta página revela las variadísimas producciones de los grandes modistos parisienses, que presentan modelos de buen gusto y suprema elegancia. Veremos si son aceptados.

9. CHAQUETITA de terciopelo brochado y terciopelo negro adornada de un cuello y bocamangas de piel de armiño.

10. BLUSA de raso negro con chaleco de tafetán color de cereza y un peto de encaje.

11. TRAJE DE BAILE de muselina de seda color de limón guarnecido de una túnica de terciopelo negro. Una linda rosa encarnada va prendida recogiendo la pañoleta del corpiño.

12. TRAJE DE BAILE de crespón de China color de marfil con túnica de muselina de seda con flores pintadas. Cuello y volantes de la túnica de encaje de Venecia.

13. TRAJE sencillo de lana o cachemira de seda de color gris plata con falda interior estampada. Cuello y mangas de guipur y cinturón con grandes caídas de raso azul. Adorno de botones y corbatita de raso.

14. BATA de vicuña color de malva, adornada de galones blancos bordados de color de malva y violeta y de un cuello de raso blanco.

15. BLUSA de seda blanca con delantero bordado de seda. Cuello blanco y corbata y botones color de cereza.

16. CHAQUETA-FRAC estilo Directorio de paño color de violeta guarnecido de pieles de stungs y de bordados de oro.

17. TRAJE DE ESTILO DE SASTRE de tela jaspeada de color gris elefante, adornado con un cuello Médicis orlado de piel de stungs. Una ancha tira de pieles de stungs orla el borde de la falda. Cinturón y botones de raso.

18. TRAJE DE ESTILO DE SASTRE de jerga azul adornado de un cuello y botones de raso negro. La falda se abre en el delantero dejando ver una quilla plegada.



4 5 y 6.—Trajes de niñas

MASANIELLO

NOVELA HISTÓRICA POR E. DE MIRECOURT

(Conclusión)

Corcelli se paseaba por el círculo, y luego que Pietro, muerto de cansancio, le dió cuenta del resultado de su comisión, le dijo:

- Perfectamente: siéntate, y recibirás tu parte de botín.

El brillo de la luna empezaba a debilitarse, los rayos que despedía llegaban pálidos a los rostros ajados, a las facciones descompuestas y a los angulosos homoplatos de los saltadores reunidos.

Todos fueron levantándose, se acercaron al teniente que hacía la distribución, y recibieron lo que les correspondía. Corcelli, pistola en mano, presidía la distribución.

Cuando terminó ésta, se retiraron todos para contemplar, examinar y pesar los lotes que les habían cabido en suerte.

- ¿Quién es entre vosotros el que no está contento con su paga? preguntó el capitán pistola en mano.

Ninguno le contestó; antes bien, asustados los ladrones se dispersaron hacia sus acantonamientos.

Al día siguiente se hallaban sentadas Juana e Isabel en el mismo sitio en que las había hablado Corcelli. Un hombre de alta estatura, de avinado rostro y cuyo labio superior cubría un espeso bigote, velaba sobre ellas.

Con gran asombro de las cautivas, al pasar delante de la roca, soltó estas palabras con una fiera inexplicable:

- Estar prontas per marchar; Pietro estar aquí; nosotros velar mucho per vosotras, e tal pez esto noche encontrar ocasión de lipertaros.

Juana quiso dirigirle preguntas, pero el alemán, sin perder su paso militar, añadió:

- ¡Silencio... silencio! Vosotras no conocer ni mi ni Pietro; de otro modo, todo estar berdido.

Las jóvenes entraron en la caverna y se abrazaron estrechamente. Hincáronse de rodillas, y deshechas en lágrimas, pidieron al cielo auxilios para Pietro, que había expuesto su vida en tan peligrosa empresa.

No esperaron mucho tiempo la realización de las promesas de Conrado. Aquella misma noche se designó a Pietro para custodiar el paso de la senda.

La noche estaba muy oscura. Todos dormían en la montaña.

Un hombre apareció en la parte más elevada de la senda, bajó de roca en roca, y tocó a Pietro en el hombro. Era Conrado, que llevaba a Juana en brazos.

La pobre joven se arrojó al punto a los de su amado.

- Gracias, gracias, Pietro, exclamó enajenada.

El alemán no tardó en volver a presentarse con Isabel en sus brazos de Hércules.

- Se ha despanecido, dijo al llegar.

Y al mismo tiempo pasó al otro lado. Pietro le siguió.

Reunieron ambos sus fuerzas, y pugnaron por retirar hacia sí el puente volante de la fortaleza.

Pero las idas y venidas de los fugitivos habían despertado a uno de los tenientes de Corcelli. Saltó al punto, como un tigre, desde la roca a la plancha, y apoyó la boca de su mosquete en el pecho de Pietro, diciéndole:

- Ríndete, o mueres.

A esta intimación contestó Conrado con un culatazo, que hizo perder el equilibrio a su compadre: éste quedó a horcajadas sobre la plancha, y se aferró a ella pidiendo socorro.

No se debía perder tiempo.

LA MODA GRAFICA



Photo Meurisse

8.—Modas de invierno vistas en Auteuil



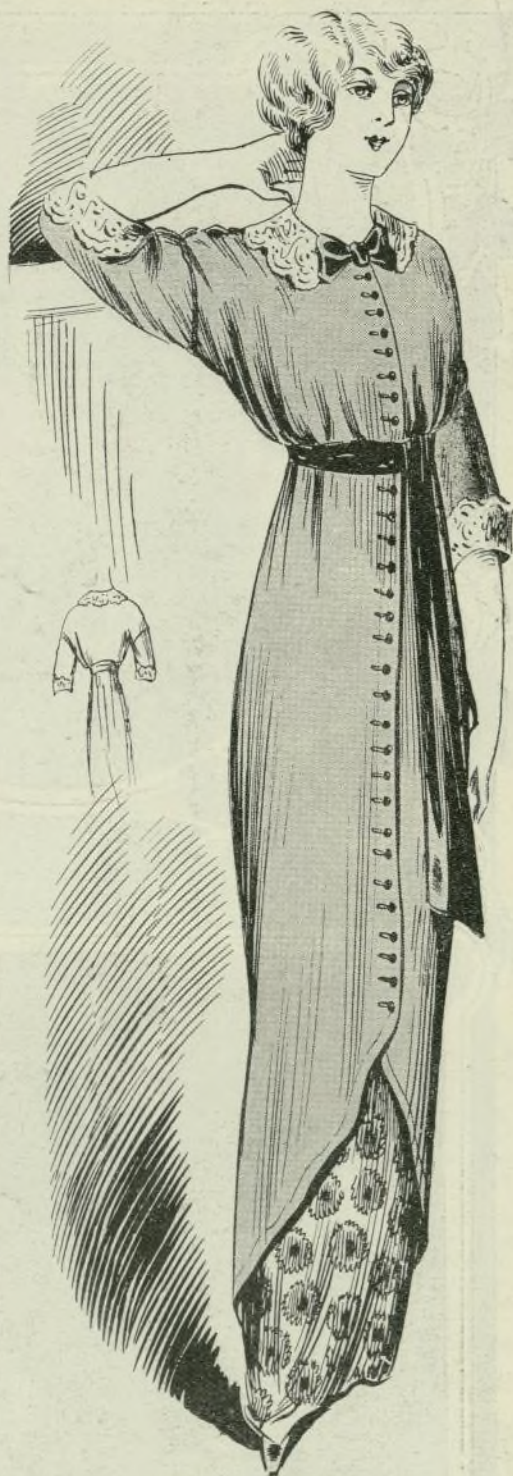
9 a 12.—Chaquetita Blusa y Trajes de baile

Pietro agarró el extremo del frágil apoyo que sostenía al teniente, balanceó a su víctima sobre el abismo, y la precipitó en él.
Una blasfemia, el ruido del agua agitada en el fondo, el resplandor de un relámpago... y todo quedó terminado.

Acudieron otros bandidos.
Conrado y Pietro les sintieron deslizarse como sombras; también ellos adivinaron la dirección de los que huían, porque a un mismo tiempo resonaron cinco o seis detonaciones, cuyo estruendo fué repetido por todos los ecos de la montaña.

Conrado y su amigo con las jóvenes en brazos necesitaron mucho tiempo para bajar por las rocas cortadas a pico: consiguieron sin embargo, sin que Corcelli tuviese tiempo de salir a perseguirlos. En seguida huyeron por las montañas, escoltados por el ruido incesante de los truenos y a la luz de los relámpagos, que arrojaban ante sus pasos sus fúnebres resplandores.

Mientras caminaron sobre lavas, dejó Pietro que guiase Conrado; pero tomó la delantera, no bien llegaron a los viñedos, y empezó a correr con maravillosa agilidad, atravesando fosos



13.—Traje sencillo

y barrancos, y pasando, como un reptil, por medio de enramadas y bosques de árboles, que formaban intrincados laberintos.

Llegó por fin a un claro, que no tenía senda alguna de salida, pero en el cual se había refugiado sin duda muchas veces en sus expediciones, y dejando a Juana en el suelo, exclamó: — ¡Nos hemos salvado!

XIX

De potencia a potencia

Desde la trágica muerte del príncipe de Caraffa, la revolución de Nápoles se había estacionado. El jefe del pueblo se hallaba en uno de esos instantes de duda y de incertidumbre que preceden a las reacciones y que también las anuncian.

Si procuramos penetrar en el pensamiento de Masaniello, tal vez comprenderemos que el recuerdo de Isabel y la esperanza de su pronta libertad, contribuían mucho a aumentar la irresolución del pescador.

En efecto, ¿no era romper completamente con la joven y hacer imposible su casamiento con ella, el disponer que se asaltase el Castillo Nuevo?

¡Cuántas muertes, cuánta desolación habían costado a Masaniello aquellos sesenta mil ducados que destinaba para pago de rescate de su amada! ¡Cuántos remordimientos se había preparado para lo futuro! ¿Serían inútiles por su culpa tantos sacrificios?

No: la pasión del joven tenía el carácter fatal de todas las grandes enfermedades de la inteligencia y del corazón: son mortales, cuando el que las padece no encuentra la felicidad, único remedio que puede curarlas.

El jefe del pueblo había esperado, aunque inútilmente, un día entero la vuelta de Pietro.

Devorado por la inquietud, agitado por la ardiente fiebre de la impaciencia, que impide un momento de reposo a los hom-



Gaston DROUET, Editeur

J. Bas, Imp. Paris

Reproduction Prohibida

XXVIII. — N.º 756

EL SALON DE LA MODA

Montaner y Simon Editores Barcelona.

CRISTOL-TOCADOR
antiseptico para el tocado intimo
de las SEÑORAS
Cura las afecciones uterinas
VIAL - PARIS, y todas las farmacias

*Solución Gautaubege, el
remedio más eficaz para curar enfer-
medades del pecho las toses recientes y
antiguas, las bronquitis crónicas.*



La "CRÈME SIMON", Es
superiora y la mejora para la
toilette de las Senoras—Polvo
de arroz y jaboncillo a la
Crème Simon.

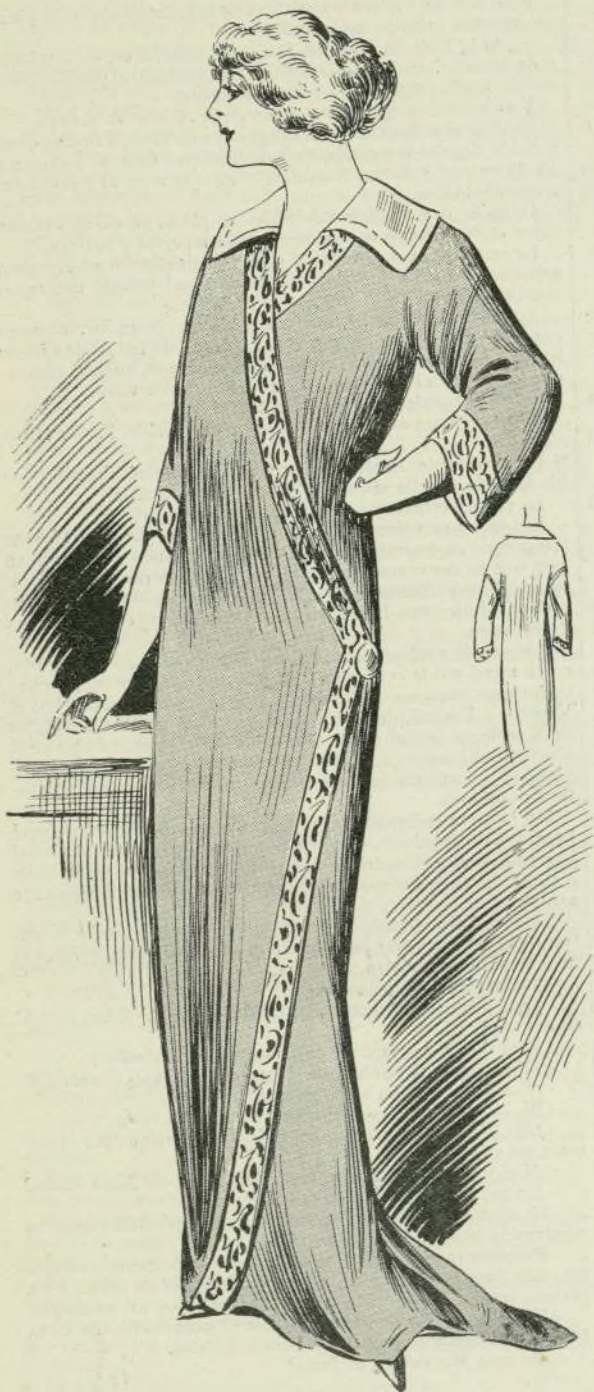


bres de iniciativa, había resuelto partir en dirección de los Apeninos en la mañana del día siguiente para entrar en negociaciones con Corcelli.

Después de haber tenido una larga conferencia con el padre Francisco, conferencia en que no pudieron entenderse, se disponía a salir de Nápoles, cuando se presentó a su vista nuestro conocido alemán Conrado.

— Queneral, le dijo acompañando sus palabras con un saludo militar, mi poder anunciarle ponas nuevas.

— ¿Quién eres? le preguntó el pescador.



14.—Bata de vicuña

— Mi llamar Conrado, e ser ayer mismo de la tropa del capitán Gorcelli.

— ¿De la banda de Corcelli! ¿Qué es de mi hermana? ¿Qué es de la hija del duque de Arcos?

— Mi ropar esta mañana con Fietro.

— ¿Y dónde están?

— En Nápoles, queneral, en la capafia de la Merchellina.

— Ven, ven conmigo, valiente.

Y seguido del veterano lansquenete se lanzó a la calle.

El corazón de Masaniello palpitaba con violencia, y apenas podían sostenerle las piernas, cuando entró en aquella pobre barraca que ya no debía habitar.

Juana se arrojó a sus brazos, e Isabel le dirigió una triste mirada de amor.

El contrabandista estaba rendido de fatiga: echado sobre una estera en un rincón de la barraca, apenas pudo estrechar la mano que le alargó Masaniello.

— Gracias, gracias, mi intrépido Pietro, le dijo.

En seguida se acercó a la hija del virrey, hincó una rodilla en tierra, y besó sus manos.

— ¿Qué es lo que he visto, Masaniello? dijo Isabel. ¿Qué es lo que he sabido? En Nápoles ha habido casas saqueadas e incendiadas, y nobles asesinados en sus mismos palacios.

El pescador bajó la cabeza.

— También me han dicho, añadió la joven, que vos guiabais a los saqueadores, a los incendiarios y a los asesinos.

— Querida Isabel...

— ¿Conque queréis deshonrar la revolución que habéis provocado, y sublevar contra los napolitanos a todas las potencias de Europa?

— No me juzguéis sin oírme.

— Hablad, sí, hablad, porque al presente hay entre nosotros sangre y cadáveres. ¡Ah Masaniello! Poco me falta ya para aborreceros.

— ¡Aborrecerme vos!

El joven se estremeció y pasó la mano por su frente.

— Señora yo no soy más que un infeliz pescador, ni tengo el



15 a 18.—Blusa Chaqueta-frac y Trajes de estilo de sastre

derecho de indignarme como un virrey, que arroja sus dragones contra la canalla que se subleva. He incurrido en vuestro desprecio, y ya debía esperarlo... supuesto que en un momento de cólera y de desesperación, he osado contestar al asesinato con el asesinato, y a la traición con el incendio.

— ¡Asesinato!... ¡Traición!... ¡Dios mío! ¿Qué ha ocurrido durante mi ausencia? ¿Quién os ha vendido?

— Vuestro padre.

— ¿Quién ha intentado asesinaros?

— El príncipe Carafía y otros de quienes sospecho.

— ¡Qué desgraciada soy! exclamó Isabel sollozando. Sólo veo por todas partes perjuros y felonías.

— Sí, bien lo decís, perjuros y felonías; pero no he sido yo el infame, sino el noble duque de Arcos.

— ¡Imposible!

A esta palabra Masaniello respondió con una breve exposición de lo ocurrido en la iglesia de Santo Domingo.

— ¡Cielos! ¡Oh, qué infamia! Pérfidos consejeros han abusado de la debilidad de mi padre, dijo Isabel.

Masaniello le refirió luego cómo habían intentado asesinarle. La barraca ofrecía entonces una tiernísima escena. Masaniello en pie, acompañaba su relación con ademanes nobles y expresivos; Pietro luchaba contra el cansancio y el sueño, a fin de no perder una sola de las palabras del pescador; la hija del virrey escuchaba a su amante profundamente conmovida.

— ¿Me condenaréis ahora, Isabel? preguntó Masaniello.

— Dispóned que sin perder momento me conduzcan al lado de mi padre, respondió la joven.

— Vais a ser obedecida, señora, replicó el jefe del pueblo: pero si mañana no estáis de vuelta, habré cesado yo de vivir.

— Antes de que se ponga el sol estaremos todos reunidos en la Vicaría, repuso Isabel.

El pescador envió a Isabel con buena escolta al Castillo.

En cuanto el anciano duque supo que su hija, escoltada por una partida de pescadores armados, entraba en el castillo, volvió a asegurarse de la verdad de tan feliz noticia, que podía consolarle en su amarga tristeza y ofrecerle un pretexto honroso para reanudar con Masaniello las negociaciones interrumpidas.

XX

Veneno en una flor

Penetremos ahora en el salón, testigo de los arrebatos del duque contra el conde de Badajoz, y sobre todo contra su hija Isabel, cuando la insurrección bramaba con toda su fuerza en la puerta de la Marina y en la plaza del Mercado.

Fernández estaba en pie, arrimado a la pared, y el duque se paseaba precipitadamente.

— Dos días aún, decía, dos días, durante los cuales me será preciso disimular mi cólera, y cubrir con una sonrisa continua el odio que me roe el corazón...

— De ese modo os vengaréis como un rey, observó Fernández.

— ¿Y será por eso menos cierto que ese pescador, ese hombre vil, haya pasado por novio de Isabel, con la cual habla libremente de amor delante de todos? ¿No estrecha con su mano de *lazzarone* la mano de la noble heredera de Arcos?

— Sois un servidor muy adicto del rey nuestro Señor, y deseáis conservar intacto, a precio de los más penosos sacrificios, el depósito del poder que habéis recibido.

— ¿Qué dirá de esta maldecida sublevación Su Majestad Católica? Se irritará contra mí, y mis cobardes enemigos aprovecharán esta ocasión para perderme. ¡Masaniello! ¡Masaniello!

— El miserable pagará muy caro el honor que le hacéis.

— ¿Habéis visto al perfumista de la corte?

— Sí; y esta noche tendremos las flores que le he encargado.

— ¿Habéis escrito a Corcelli?

— Perdonad, yo no cometo nunca imprudencias de este género. Una persona de cuya fidelidad respondo, le ha dado una cita para mañana.

— ¿No debemos temer otra sublevación de ese pueblo?

— Masaniello ejerce con vos hace dos días el poder supremo: ayer le adoraban los napolitanos, hoy le miran con indiferencia, y mañana le detestarán.

— ¿Y no has logrado decidirle a que use el traje de corte?

— Todavía no; pero cuando presencie el gran sarao es seguro que entonces se endosará su espléndido traje... Yo conozco a Masaniello.

— Bien; así podremos hacerle visible...

— En una brillante carroza, para que todos le examinen.

— Eso, eso; enseñaremos a los napolitanos el jefe del pueblo convertido en noble.

— Y de ese modo también se podrá celebrar su matrimonio con vuestra hija Isabel, observó Fernández sonriéndose falsamente.

Después de este coloquio salieron juntos del salón.

Llegó la hora del baile que daba el virrey con motivo del próximo matrimonio de su hija.

Hallábase reunida toda la corte.

Apenas recorrió el duque de Arcos, seguido de los grandes oficiales de su casa, las salas atestadas de convidados, saludando cortésmente a las damas y dirigiendo a los caballeros atentas y amables palabras, cuando la orquesta dió la señal para que comenzase el baile.

Entonces hubo un movimiento rápido en aquella confusión de hermosas damas y apuestos señores; se dejó libre un ancho espacio en el centro del salón principal, reuniéndose en él varias parejas, y empezaron a moverse al son de las castañuelas, marcando con sus ligeros pasos la medida del mágico compás, variando sus actitudes con una gracia y coquetería sorprendentes, y provocándose con sus gestos, con sus miradas y sus sonrisas.

Masaniello, en su traje de pescador, que formaba ciertamente extraño contraste con el de los fieros españoles y vanidosos napolitanos, miraba atentamente aquel espectáculo tan nuevo para él.

Acercóse al jefe del pueblo D. Juan Fernández, enlazó familiarmente su brazo con el del héroe, y lo llevó a un salón inmediato.

— ¿Qué os parecen nuestros saraos? le preguntó.

— ¡Magníficos! contestó el joven: es imposible ver cosa más admirable.

— ¿Amáis a Isabel?

— ¡Oh! Nadie lo ignora.

— ¿Y vais a casaros con ella...

— Mi único deseo es que llegue ese instante.

— ¿Y renunciaréis al placer de bailar con vuestra esposa, o la prohibiréis que lo haga con otro, cuando la danza es una de las cosas que más apetece?

— No lo sé, dijo bruscamente Masaniello.

— Pero eso no es responder. Vuestra posición va a hacerse sumamente difícil en la corte del virrey, porque no podréis tomar parte con esa vestimenta de pescador en todas estas diversiones, a las cuales está tan acostumbrada vuestra novia, como vos a desplegar la vela de una barca.

— Muy bien, muy bien; lo reflexionaré más despacio, murmuró Masaniello pensativo.

Fernández se mezcló entre la multitud que llenaba los salones.

Después de haber esperado Isabel largo tiempo a Masaniello, obedeciendo las órdenes de su padre, había elegido por caballero al duque de Spínola.

Masaniello la vió, y los celos penetraron en su corazón.

Apoyóse temblando en una de las columnas.

Isabel pasó veinte veces delante de sus ojos elegante y ligera como una Sílfi.

Un grito de cólera y de pasión salió del pecho de Masaniello.

Tuvo impulsos de arrojarle sobre aquella visión diabólica.

Pero dirigió una mirada a su pobre traje de hombre del pueblo, y acordóse de las palabras de don Juan Fernández.

El bolero había terminado.

Isabel no sospechaba los tormentos que le había causado.

Acercóse a él con la sonrisa en los labios, como cuando llegaba con Pedrila a la Puerta de la barraca de la Mergellina.

La pobre joven se estremeció no obstante al observar las trastornadas facciones del pescador y la febril mirada que el hermano de Juana fijó en ella.

— Masaniello, dijo Fernández, tengo el honor de presentaros a doña Isabel, que habéis buscado por mucho tiempo en los salones, y a la que habéis olvidado de saludar.

El desgraciado amante no supo qué contestar.

— Don Juan, dejadnos, murmuró la hija del duque de Arcos. El español se retiró.

— ¿Qué tenéis amigo mío? preguntó Isabel.

— Isabel, dijo Masaniello, he comprendido esta noche muchas cosas.

— ¿Y qué cosas son esas?

— He sondado el abismo que nos separa al uno del otro.

— ¿No ha consentido mi padre en nuestra unión? ¿No sois ya mi prometido?

— ¡Ah! ¿Y cómo ha de llegar a ser el esposo de la hija del virrey un pescador de la Mergellina?

— ¿Crecéis que mi cariño no es un título suficiente para inspirar respeto? ¿Se habrá sonreído alguno al contemplar a mi prometido?

— ¡Oh! hubiera perecido a mis manos.

— Y hubieras cumplido con tu deber. Ven.

Isabel cogió el brazo del pescador y lo condujo al baile.

Las más nobles señoras, los caballeros más orgullosos de la corte, se apresuraron a saludar a los novios, mientras la hija del duque de Arcos los designaba al pescador por sus nombres.

Al extremo del salón vió Isabel a don Juan Fernández, recostado en un diván; tenía un ramillete en la mano. Acercóse al punto a los novios, y preguntó a la joven, señalando a Masaniello:

— ¿Le habéis consolado?

La hija del virrey no se dignó contestarle.

— He aquí unas lindas flores, añadió el cortesano presentando a la joven el ramillete.

Isabel tomó el ramillete, lo oprimió contra su seno, lo acercó rápidamente a sus labios, y se lo entregó al pescador.

Masaniello había ocultado con esmero el ramillete.

Declase que seía dichoso, cuando, retirado en su aposento, pudiese estrechar contra sus labios, y cubrir de besos la dulce prenda de amor que acababa de recibir.

El duque de Arcos había ofrecido el brazo a su hija, para dar con ella por última vez una vuelta por los salones.

Masaniello se despidió de ambos, y se dirigió a su estancia.

Un ayuda de cámara dejó sobre la mesa un gran canasto de juncos, que contenía un traje completo de gran señor.

XXI

El delirio

Masaniello rechazó los harapos del día anterior.

Dejóse caer en un sillón y cogió las flores que le había dado su amada, y quiso acercarlas a sus labios.

Pero apenas aspiró su perfume, cuando se levantó con los cabellos erizados, el rostro y los ojos inflamados.

Los perfumes homicidas del ramillete de Fernández habían trastornado su razón.

El carruaje de ceremonia del duque de Arcos, salió poco antes de anoecer de la Vicaría.

Masaniello, ocupaba el sitio de preferencia en la carroza.

A su izquierda iba el virrey, y a su frente Fernández. Spínola se había sentado dando cara al duque de Arcos. Cuatro batidores precedían al carruaje, y seguían un escuadrón de la *caballería del rey*, tropa acostumbrada a la disciplina, y que marchaba con arreglo a ordenanza. Después marchaba la carroza, tirada por seis caballos negros naturales del círculo de Mecklemburgo.

Dos oficiales galopaban a las portezuelas del precioso vehículo, y otro piquete de reitres cerraba el acompañamiento.

Habían vuelto a brillar los bellos días de la tiranía española.

El cortejo atravesó con estrépito por medio de la multitud, que lo contemplaba con una especie de asombro; recorrió las calles de la Vicaría y de Toledo, así como los muelles, y desembocó por la puerta de la Marina en la plaza del Mercado.

En vano buscó Masaniello, durante la carrera, algunas señales de aquella popularidad que disfrutaba el día antes; inútilmente solicitó algunos vivas, saludando a los *lazzaroni*, que se agrupaban a su paso.

El pueblo permaneció mudo.

Miraba con inquieta curiosidad al pescador de la Mergellina convertido en gran señor; ya no reconocía en él a su jefe, y sólo le miraba como un ambicioso, a quien sus hermanos nada debían, supuesto que recibía de los españoles el precio por el cual se había vendido.

La cólera agitaba el corazón de Masaniello cuando llegó a la plaza.

La noticia de su transformación se había ya esparcido en la ciudad: el mercado estaba lleno de hombres, de mujeres y de niños, que habían acudido allí para verle mejor. Los batidores y el escuadrón de las escoltas tuvieron que contener el paso de sus corceles en medio de aquellas oleadas de gente, y aun llegó el caso de que la carroza no pudiese avanzar sino venciendo grandes obstáculos.

El prometido el Isabel oyó los amenazadores gritos que do minaban a los murmullos del pueblo: los *lazzaroni* más fogosos repetían:

— ¡Mueran los traidores... Muera Masaniello!

Entonces experimentó éste uno de los accesos de furor insensato e indomable, que producía en él la turbación moral de su poderosa organización. Apeóse del carruaje, montó a caballo, se puso al frente de los jinetes españoles, y arrojándose en medio de los *lazzaroni*, preguntó:

— ¿Quién ha gritado: muera Masaniello?

En su acento, en sus miradas, en su actitud, había algo de siniestro y de desesperado, que asustó a la multitud.

Pero Paolo, aquel que había conducido a Corcelli y a sus bandidos al barrio de Loreto, se adelantó con fiereza, y respondió:

— Yo he sido...

Sin darle tiempo para proseguir, agarró Masaniello al pescador, le levantó por un prodigio de fuerza, lo llevó en el aire hasta la línea que formaba la tropa, y lo arrojó a los pies de los caballos.

Este acto de violencia excitó en toda la extensión de la plaza un inmenso grito de indignación.

— ¡Ah! ¿Todavía no estáis hartos de sediciones, de combates y de muertes? exclamó Masaniello amenazando al pueblo. ¡Soldados, a mí! carguemos a esos miserables.

Y arrastró consigo al escuadrón de la *caballería del rey*.

Estos soldados anhelaban vengar sus anteriores descabros, y había llegado la ocasión de satisfacer sus deseos. Dejaron a Paolo en poder de dos hombres, y atropellaron al pueblo desesperadamente.

Después que hubieron barrido la plaza, se vió que yacían sobre el empedrado varios napolitanos muertos y heridos.

Levantaron a los que aun vivían; los jinetes los atravesaron sobre sus caballos, y Masaniello entró en el palacio con aquel lúubre trofeo.

Aquella misma noche, mientras el joven pescador, acosado por el veneno y vencido por las emociones de tan triste día, se hallaba tendido en su lecho sin conocimiento, fueron ahorcados los presos al resplandor de cien hachas de viento.

Sobre el cadalso se leía lo siguiente:

«Sentenciados a muerte por el jefe del pueblo Tomás Aniello.»

Effectivamente, en uno de sus momentos de alucinación, había firmado aquella sentencia el hermano de Juana.

La ciudad estaba consternada.

Las calles se veían desiertas. Amilanados por la aparente traición de su querido tribuno, los napolitanos no pensaban más que en sustraerse de una reacción sangrienta. Todos prevenían que sus libertades, tan felizmente conquistadas, sólo durarían veinticuatro horas, y nadie pensaba en combatir para defenderlas.

Llegada la noche, confundidos todos los objetos en el golfo, como asimismo la costa, las islas y los dos inmensos promontorios que forman a la derecha y a la izquierda de Nápoles, el Vesubio y Puzzoli, desatraco una barca de la ribera, no lejos de la mola, se deslizó algún tiempo por la superficie de las olas, atravesó el barrio de Loreto, entró en el río de Sebeto, y volviendo bruscamente sobre sí misma, fué a ocultarse en una profunda ensenada.

Un hombre embozado salió ligeramente a tierra, mientras el barquero aseguraba su embarcación, y se dirigió por el arenal hacia un bosquecillo de higueras y de laureles, que se divisaba a cierta distancia, como una masa sombría en el trasparente azul del cielo.

No bien hubo llegado nuestro personaje misterioso a la entrada del bosque, cuando salió de él otro individuo y quitándose su ancho sombrero, le dijo:

— Buenas noches, monseñor.

— ¡Ah! ¿Eres tú, bribón? respondió el otro. ¿Y te has atrevido a venir!

— ¿Por qué no? repuso Corcelli: me habéis avisado...

— ¿Y si hago que te ahorquen? replicó don Juan Fernández.

— ¿Por haber robado a doña Isabel?

— Sí.

— ¡Per Bacco! ¡Buen negocio ha sido ése para que por él merezca ser ahorcado!

— ¿Y el haber entrado a saco por la abadía de Santa Clara?

— Un pecadillo de poca monta.

— ¿Y vienes con intención de reparar la pérdida que te ha ocasionado la fuga de doña Isabel?

— Precisamente; tengo que dar de comer a doscientos valientes, que tienen estómagos de avestruz, dientes de acero, y un ganache tan profundo... No todo es provecho en mi profesión.

— Veamos cuánto quieres por asistir al matrimonio de doña Isabel de Arcos y de monseñor Tomás Aniello.

— ¿Se casa Masaniello mañana?

— Sí.

— ¿Con doña Isabel?

— Lo dicho.

— Sólo consiguen sus deseos los hombres honrados. ¿Será preciso que mis triges lleven sus carabinas?

Fernández hizo una señal afirmativa con la cabeza.

— ¿Cargadas?

— Por supuesto.

— ¿Dónde se celebrará la ceremonia?

— En la capilla de la Vicaría.

— Muy bien. En cuanto a lo que pido por el asunto, os lo diré cuando reciba vuestras instrucciones.

— Es justo.

Don Juan Fernández entró aquí en largos pormenores, cuya reproducción creemos inútil.

— Eso costará a monseñor el duque de Arcos sesenta mil ducados, dijo el bandido, o lo que es igual, la misma suma que debía yo percibir por el rescate de Juana y de doña Isabel. No puedo rebajar un triste maravedí.

— ¡Oh! repuso Fernández, no regatearemos.

— Necesito mil ducados en señal.

— Ahí los tienes.

El español entregó un bolsillo a Corcelli. Este calculó al peso su contenido, y le sepultó en el inmenso receptáculo que se había tragado el anillo de la superiora de Santa Clara.

— Esto se va arreglando, añadió. ¿A qué hora se celebrará el himeneo?

— A las doce... hora militar. Sobre todo...

— ¿Qué?

— Piensa que ninguna de tus balas debe perderse.

— ¡Bravo encargo! ¿Habéis oído decir alguna vez, que apuntando a un obispo hayamos acertado a un *lazzarone*?

XXII

Asesinato

Había llegado el día afortunado en que Masaniello debía unirse con Isabel, contrayendo en presencia del arzobispo de Nápoles, y en la misma capilla del palacio, el enlace que realizaba todos sus ensueños y coronaba todas sus esperanzas. Masaniello se moría!

El veneno que había absorbido, al respirar los perfumes del ramillete de Isabel, obraba desde el día anterior con espantosa fuerza en su organización febril y apasionada.

El pescador tenía momentos de éxtasis, de delirios furiosos y de postración tan profunda y completa, que parecía era llegada su última hora.

Juana, el duque de Arcos, Fernández, Isabel, el padre Francisco, todos los seres que representaban un papel en el drama de su vida, se le aparecían uno a uno para atormentarle o compadecerle, y el desgraciado joven se anonadaba en maldiciones o en pruebas de amor y de gratitud hacia aquellos fantasmas risueños, amenazadores o burlones.

Preparábase entretanto el santuario, y cubríase el altar de flores y de relicarios de oro: la venturosa Isabel se ataviaba con su preciosísimo traje de novia; en una palabra, se terminaban todos los preparativos para el himeneo, cuando Masaniello, después de una violentísima crisis, cayó agonizando.

Los oficiales de su servicio corrieron a noticiar el suceso al virrey, y enviaron al padre Francisco al lado del moribundo.

El benedictino acudió sin detenerse un momento.

Permaneció largo espacio en pie junto al lecho en que se hallaba extendido el inanimado cuerpo de su predilecto, estrechó sus manos, enjugó el frío sudor que bañaba su frente, y le llamó veinte veces con dulce y persuasivo acento.

Por fin el pescador abrió los ojos.

— ¡Padre mío!... voy a morir, murmuró.

— No pudo pronunciar más palabras.

— ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Le han envenenado! exclamó asustado el monje.

El padre Francisco era hombre muy docto en medicina; había estudiado a fondo la botánica, y se había dedicado con gran empeño al conocimiento de los muchos y sutiles venenos cuyas recetas conservaba la aristocracia italiana desde las épocas célebres de los Borgias y los Médicis. Buscó en el aposento de Masaniello señales del crimen, y las encontró en un ramillete ajado, que las desfallecidas manos del moribundo habían dejado caer al suelo.

Recogió los últimos perfumes de aquellas flores homicidas, y ocultándolos en sus bolsillos, llamó a uno de los oficiales de Masaniello, y le dijo:

— Hermano mío, este hombre va a morir. ¡Ah! Todavía es muy joven para que acabe una carrera que ha comenzado con tanta gloria. Las emociones de estos días han acabado con él.

El oficial, que era muy adicto al duque de Arcos, nada contestó.

— Voy a la iglesia del Cármine a buscar los Santos Sacramentos, añadió el benedictino. No salgáis de aquí, y si sois cristiano, si echáis de menos en este mundo a alguna persona amada, os pido en nombre de Jesucristo, y por el alma de esa persona querida, que recitéis junto a este lecho las oraciones de los agonizantes.

El español hizo una señal de asentimiento.

En cuanto al padre Francisco, no bien salió de la Vicaría, cuando subió a un *calestino*, recorrió en pocos minutos el espacio que le separaba de su convento, cogió en su celda una redomita de cristal, y volvió sin tardanza al palacio del duque de Arcos. Precipitose en la estancia del pescador, acercóse al lecho, entreabrió sus labios y echó en su boca unas cuantas gotas de su cordial.

Masaniello experimentó al punto un estremecimiento nervioso, se levantó como fuera de sí, y paseó sus miradas por la estancia.

El religioso mojó una punta de su pañuelo en el licor de la redoma, y frotó con ella las palmas de las manos, las sienes y los párpados del enfermo.

— ¡Oh padre mío! ¡Padre mío! ¡Cuánto bien me hacéis! decía el pobre Masaniello con tembloroso acento, sintiéndose renacer.

El benedictino continuó prodigándole sus paternales cuidados, hasta dejarle fuera de peligro.

Pero el pescador había perdido las fuerzas; su cabeza estaba muy débil; zumbaban en sus oídos ruidos extraños, y parecía que el aposento daba vueltas a su alrededor.

El padre Francisco salió a la antesala, y dijo al oficial de servicio:

— Hermano mío, os habéis olvidado de la limosna que siempre reciben los frailes cuando están orando al lecho de los moribundos.

El oficial buscó una moneda en sus bolsillos.

— No os pido dinero, añadió el monje, sino que deseo *far colazione*.

— ¡Ah! Ya comprendo... ¡far colazione!... respondió riéndose el veterano: eso prueba, padre mío, que tenéis buen apetito, y por Nuestra Señora de Atocha, os lo deseo excelente. Se os llevarán manjares de la repostería de monseñor.

El padre Francisco esperó el cumplimiento de esta promesa, y pocos minutos después entró en el aposento de Masaniello con una razonable tajada de vaca asada, un pastel de pichones y un frasco de vino, semejante al que el español acababa de vaciar.

Echó el cerrojo a la puerta, y puso los víveres sobre una mesa a la vista de Masaniello.

— Come, hijo mío, le dijo; recobra tus perdidas fuerzas. Has estado muy próximo a morir, y dime ahora con la mano en el corazón si estabas preparado para comparecer ante el Juez inflexible que nos premia o nos castiga.

— No ignoro que he sido demasiado culpable, contestó el pescador. Ayer mismo... ¡horrible recuerdo!... condené al último suplicio... Pero yo estaba loco, Padre Francisco... Sí; la razón me había abandonado. Decidme: ¿qué era esa horrible enfermedad? ¿Qué eran esas alternativas de furiosa rabia y de mortal abatimiento de que me habéis curado?

— ¡Ya lo sabrás: el tiempo urge, infeliz! toma, toma algún alimento.

El pescador obedeció al religioso.

Conocía que recobraba las fuerzas a medida que saboreaba el pastel y el precioso licor que habían dado de limosna al benedictino.

Levantóse en seguida, y mirándose a una luna de Venecia, exclamó:

— Heme aquí fuerte, lleno de salud, de vigor y de ánimo. Para mí la gloria, la felicidad y el porvenir con sus inefables promesas. ¡Ah! Pronto llevaré al altar a mi amada...

— ¿Y has olvidado ya a tus hermanos de Nápoles, Masaniello? le preguntó el monje.

— ¿Qué tienen que reclamarme? ¿Se han violado mis edictos?

— ¡Oh! No... todavía no, repuso el padre Francisco tristemente.

— Sacrificaría mi vida en su defensa.

— Sí; con tal que de aquí a mañana no caigas en algún lazo; si no te ahogan como un esclavo; si no te envenenan en algún aposento de este palacio.

— ¿Quién se atrevería a hacerlo?

— ¡Quién! ¿Crees tú por acaso en la sinceridad de los homenajes de esos nobles que te saludan con sus sombreros?

— Si me aborrecen, me temen todavía más, porque saben que hay un pueblo entero detrás de mí.

— ¡Ah! No sé si el pueblo se levantaría hoy para defenderte, mi pobre Masaniello.

— ¿Aun cuando yo lo llamase en mi auxilio?

— ¿Y cómo quieres que reconozca a su pescador en Masaniello, esposo de Isabel de Arcos, en Masaniello, ennoblecido por el virrey, en Masaniello, que ostenta por nuestras calles y plazas su traje de corte, y que manda ahorcar a sus hermanos por un grito sedicioso?

— Sin embargo, padre mío, no puedo vivir en la corte del duque de Arcos, usando el traje de pescador...

— ¿Por qué no? ¿Ya crees que bajo los chaquetones de sus hermanos no palpitan corazones tan nobles, como bajo las bordadas ropillas de esos encopetados? Te comprendo, Masaniello: amas a Isabel, y esa joven necesita un marido cubierto de encaje y bordados, un marido que haga resonar sus espuelas en los salones. ¡Ah! Tú parecías en ese lecho, abandonado de todos, y ha venido a salvarte un pobre fraile, un hijo del pueblo.

— ¡Cuánto os lo agradezco, padre mío! ¡Ah! Ya sé que me amáis sinceramente.

— Huye pues de este maldito palacio, donde sólo puedes encontrar la muerte. Ven; abandona ese traje, que no puedes vestir sin oprobio, y muéstrate al pueblo, pues es tiempo todavía, ataviado de pescador. Dile que vuelves a tu barraca, y que quieres permanecer entre tus hermanos para defender sus intereses y sus libertades. Créeme; la atmósfera de las cortes es pestilencial, y sólo respirarás contento cuando azote tu rostro el viento de la Mergelina.

— Padre Francisco, lo que exigís de mí es imposible; amo a Isabel, y no puedo separarme de ella.

— Pues bien, ¿quieres saber cuál ha sido la causa de la horrible locura que ayer te obligó a sacrificar a tus hermanos?

— ¿Quieres saber de qué provienen los tormentos que han debido acabar con tu existencia?

— Masaniello presenta una revelación fatal.

— ¿Quién te ha dado estas flores? le preguntó el benedictino.

— Isabel.

— El ramillete de tu amada estaba envenenado.

El joven retrocedió hasta la pared, se apoyó en ella, y permaneció inmóvil y aniquilado: hubiera querido hallarse en aquel momento sepultado en los abismos del mar.

— ¡El ramillete de Isabel envenenado! murmuró lentamente.

— ¡Padre Francisco, es imposible!

— ¿No te he salvado yo?

— ¡Ah! Sí, tenéis razón; el que ha encontrado el remedio, debe también conocer la causa del mal. ¡Dios mío! Los réprobos del infierno no pueden padecer los suplicios que me atormentan.

— Ven, ven, hijo mío; salgamos de aquí.

El pescador dudaba.

Se aplicó una mano a la frente como para reunir sus recuerdos.

— Don Juan Fernández, dijo al fin, entregó el ramillete a Isabel, para que ésta me lo ofreciese. No, no saldré del palacio. ¡Oh! Fernández! Todavía no te has apoderado de tu presa.

Masaniello respira; Masaniello tiene una espada, y la sabe manejar: para que llegues hasta Isabel, necesitas pasar sobre mi cadáver. Os dejo, padre mío... ¡Adios!

Al pronunciar estas últimas palabras, corrió hacia la puerta.

Al mismo tiempo llamaron a ella.

Todo se había dispuesto para que el terrible drama que se estaba representando en la Vicaría terminase dignamente.

Instruidos de la desesperada situación de Masaniello, seguros de desembarazarse de él sin la intervención de Corcelli, Fernández y el duque de Arcos apresuraron sin embargo los preparativos de la ceremonia nupcial. Toda la corte iba a reunirse en el gran salón de palacio, y el virrey enviaba al chambelán para que condujese al pescador a la cámara del Consejo, donde se hallaba dispuesto el contrato matrimonial.

Masaniello descorrió el cerrojo de la puerta.

El chambelán le dijo inclinándose profundamente:

— Su Alteza el duque de Arcos y su hija os esperan, monseñor.

— Marchemos, contestó resueltamente el pescador.

Al ver el oficial de servicio a su moribundo en pie y lleno de vida, se enderezó como si le hubiese movido un resorte.

Masaniello pasó sin mirarle.

El veterano le examinó de pies a cabeza.

— ¿Qué hemos de hacer? Estamos en tiempos de revoluciones.

La capilla de la Vicaría presentaba un aspecto magnífico. Hallábase colgada completamente de terciopelo encarnado con las armas del duque de Arcos, bordadas de oro. Mil cirios iluminaban el altar. El trono del virrey se elevaba sobre un estrado cubierto de seda azul con ribetes de plata, y se habían preparado gradas para todos los dignatarios del Estado. El cardenal arzobispo de Nápoles, que debía celebrar el matrimonio de Isabel y de Masaniello, tenía su asiento enfrente del trono del virrey en otro algo menos elevado. El mármol del santuario desaparecía bajo un precioso tapiz de Ispahan. Multitud de generales, maestros de campo, capitanes y damas de la alta nobleza, llenaban la nave y las tribunas del templo, y esperaban el principio de la ceremonia.

Al fin se hicieron oír las primeras notas del órgano.

Abriéronse las dos hojas de la puerta de la sacristía, y el maestro de ceremonias anunció:

— ¡Su Alteza el virrey!

Todos se levantaron con arreglo a las leyes de la etiqueta, que en aquella circunstancia fraternizaban con los deseos impacientes de la curiosidad.

El duque de Arcos daba el brazo a su hija.

Isabel parecía conmovida; pero su frente estaba radiante, y dilatada sus labios una dulce sonrisa de orgullo y de felicidad.

Detrás de ella iba Masaniello.

El jefe del pueblo llevaba a Juana del brazo. Esta no había querido abandonar su pintoresco traje de vendedora del mercado; pero su hermano lucía una toquilla negra con magnífica pluma, ropilla de terciopelo color violeta, y capa de satén blanco con doble forro guarnecido en las orillas de riquísimo encaje.

Ataviado así Masaniello, con su estatura de atleta y su con-

tinente noble y su aire marcial, era ciertamente el galán más apuesto de la corte del virrey.

Los novios se arrodillaron.

Al punto se presentó el arzobispo, seguido de todos sus diáconos, subdiáconos, acólitos y turiferarios, que ondulaban en torno del altar, formando oleadas de oro y de incienso.

Celebróse la misa con toda la pompa del rito católico romano, y el arzobispo se disponía a echar a los novios la bendición nupcial, cuando de pronto resonaron en las puertas del templo gritos de «Viva el jefe del pueblo! ¡Viva Masaniello!»

Don Juan Fernández dió orden de que se permitiese la entrada al pueblo, a fin de que pudiese presenciar el triunfo de su amado tribuno.

Abriéronse pues las puertas, y al punto invadieron el templo, se confundieron entre los espectadores, derribaron los asientos, e introdujeron por todas partes el más espantoso desorden, como unos doscientos individuos de siniestra catadura.

El trastorno y estrépito fueron completos; los hombres procuraban, aunque en vano, contener a los perturbadores, y las mujeres huían asustadas: los vivos en honor de Masaniello se repetían sin cesar un instante.

El pescador se levantó, creyendo que su intervención podría calmar a la multitud; mas apenas hubo llegado a la última escalera del coro, cuando resonaron tres tiros.

El desventurado joven rodó bañado en su sangre hasta los pies de su amada.

Oyóse la voz de *álvese quien pueda*, y todo el concurso se precipitó a las puertas, ahogándose algunas personas al salir por ellas en medio de la horrible confusión y espanto que se apoderó de todos.

El virrey condujo a su hija desmayada a sus habitaciones.

Juana se arrojó sobre el cuerpo de su hermano, y lo cubrió de besos y de lágrimas.

Un instante después, Masaniello, mortalmente herido, yacía en el lecho del cual se había levantado poco antes. Había perdido completamente el sentido.

Una sangre negra brotaba por sus labios y le sofocaba.

Arrodillada a la cama, lanzaba la pobre Juana lastimeros sollozos. El padre Francisco, que no había abandonado el palacio, temiendo una catástrofe, acudió al momento; pero ya era tarde.

El jefe del pueblo acababa de expirar.

— ¡Muerto! murmuró el monje, poniendo la mano sobre el corazón de su hijo adoptivo. ¡Joven desgraciado! ¡Desventurado amor!... Y tú, pueblo de Nápoles, ¿cuando serás libre?

El padre Francisco separó a Juana de aquel triste espectáculo, y la condujo al convento de Santa Clara.

Ocho días después, rogó Isabel a su padre que la acompañase a la abadía, en que Juana se hallaba.

Después de haber visitado el claustro, y cuando ya iban a retirarse, dijo la joven al duque de Arcos:

— Padre mío, el hombre que me amaba ha muerto víctima de una traición infame. No esperéis que vuelva a vuestro palacio, pues no quiero tener otro esposo que Dios.

La ciudad de Nápoles no tardó en conocer el tejido de intrigas y de perfidias que se habían puesto en juego contra su querido pescador; la cólera sucedió a la tristeza; la indignación a las lágrimas, y se hicieron al héroe popular grandes exequias. Sus verdugos fueron maldecidos; quedó vengada su memoria y exaltado su nombre. Los gritos de amor de todo un pueblo debieron hacerle sonreír en su tumba.

Pietro murió de resultas de su mal curada herida.

Juana e Isabel no se separaron.

El cardenal arzobispo hizo que la corte de Roma condenase la obra del padre Francisco, y éste lloró hasta su última hora sus perdidas esperanzas.

Don Luis de Haro no perdonó al virrey la insurrección de los napolitanos.

Perdió pues el duque de Arcos su gobierno al año siguiente. Caído de la gracia del rey, separado de Isabel, y atormentado por sus remordimientos, murió en tierra extranjera.

Don Juan Fernández tuvo la misma suerte.

En cuanto a Corcelli, no habiendo tenido por conveniente poner término a sus arriesgadas expediciones, en tiempo del nuevo virrey fué cogido y ahorcado con gran satisfacción de todo el país.

FIN DE MASANIELLO

Sederias Suizas

franco de Aduana á domicilio

Pedid las muestras de nuestras novedades en negro, blanco ó color: **Tafetanes, Changeants, Façonnes, Crespon de la China, Duquesa, Escocés, Eolienne, Muselina** de 120 cm. de ancho, desde Ptas. 1,45, el metro, **Terciopelos y Peluches** para trajes y blusas, así como los **trajes y blusas** en batista, lana, tela y seda con verdadero bordado suizo.

Vendemos nuestras sederias garantizadas sólidas directamente á los particulares, franco de Aduana y de portes á domicilio.

Schweizer & Cia., Lucerna L. 10 (Suiza)
Exportación de Sederias.— Proveedores de la Corte.

RECETA ÚTIL

Polvo depilatorio

Previamente pulverizados se mezclan íntimamente: almidón, 100 gramos; cal viva, 100; monosulfuro de sodio, 20.

Se conserva en frascos bien tapados hasta el momento de emplearlos. Para usarlos se pone una pulgada en un vaso y se diluye en agua hasta obtener una especie de crema consistente que se aplica a los puntos que se quieren depilar, empleando con preferencia un palito tallado en forma de hoja de cuchillo. Después de cinco minutos de contacto se quita el emplasto ya seco, con la hoja de madera, manejándola como una navaja de afeitar. Después se lava la piel con agua abundante.



VINO y JARABE DE DUSART al Lactofosfato de Cal

EL JARABE DE DUSART se prescribe a las nodrizas durante la lactancia, a los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como EL VINO DE DUSART se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y a las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.



De solteras las mujeres
tíen dos onzas de güervenza;
áimpus que se casan, una,
y en cuantico enviudan, media.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero, el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á D. Teodoro Llorente, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de Gustavo Doré. — Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.



Agua mineral natural TONA ROQUETA

Cura las diferentes manifestaciones del ESCROFULISMO, HERPETISMO y SÍFILIS; los estados morbosos del corazón, riñones é hígado; la cloro-anemia y reumatismo, así como la TISIS y demás afecciones del aparato respiratorio, propias de las fosas nasales, faringe, laringe, bronquios y pulmones.

Se vende en todas las farmacias y establecimientos de aguas minerales.

Los pedidos al por mayor pueden dirigirse á D. JOSÉ ROQUETA, TONA (BARCELONA).

ALHAMBRA-HOTEL

NICE
CIMIEZ

Hotel de 1.^{er} ordre pour familles

Gran parc, vue sur la ville et mer

Vieille cuisine française renommée

RICHARD MEIER, PROPRIÉTAIRE-DIRECTEUR

EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balazs y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. — Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES



HISTORIA UNIVERSAL

ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES
BAJO LA DIRECCIÓN DEL SABIO HISTORIÓGRAFO GUILLERMO ONKEN

Consta de 16 tomos con grabados intercalados y una numerosa colección de láminas cromolitografiadas, mapas, planos, facsimiles, etc.

Se vende a 320 pesetas el ejemplar ricamente encuadernado con tapas alegóricas, pagados en doce plazos mensuales. — MONTANER Y SIMÓN, EDITORES.



ANEMIA

DEBILIDAD NEURASTENIA TISIS

Todos los Medicos proclaman que

el VINO y DESCHIENS (PARIS)

el JARABE

á la Hemoglobina

CURAN SIEMPRE

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, Bescherelle, Littré, Salvá y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiosmos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores. Aragón, 255, BARCELONA

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el PILIVORE DUSSE, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN